

LA FÁBULA DE LA POST-DICTADURA COMO REINGENIERÍA DEL
TERRORISMO DE ESTADO EN *FUERZAS ESPECIALES* DE DIAMELA
ELTIT

*THE FABLE OF THE POST-DICTATORSHIP AS A REENGINEERING OF
STATE TERRORISM IN FUERZAS ESPECIALES BY DIAMELA ELTIT*

Cristofer Cepeda García
Universidad de Playa Ancha
cristofer.cepeda.garcia@gmail.com

RESUMEN

Fuerzas especiales (2013) de la escritora chilena Diamela Eltit es una novela que da a conocer, mediante la narración de un sujeto femenino innominado, el conjunto de violencias que experimentan diariamente los habitantes de los bloques departamentales donde la novela ocurre, y que están acordonados por las fuerzas policiales, constituyendo un estado de sitio en el territorio. El despliegue de esa violencia en el Chile de post-dictadura obedece a una reingeniería del terrorismo de estado que sobre la base de la fábula política del enemigo interno, construye al sujeto criminal. Dicho sujeto, producido dentro del marco general del neoliberalismo, tendría por objeto inducir mediante la puesta en circulación del miedo una determina forma de comunidad que garantice la hegemonía neoliberal. Los efectos de esa política serán especialmente sentidos por los habitantes de las poblaciones descritas en la novela, reorientando las dinámicas de subjetivación y de relación con los otros, dando lugar a comunidades sin identidad, memoria y futuro, vinculadas solo mediante mercados subterráneos de supervivencia donde las fuerzas policiales ejercen control.

PALABRAS CLAVE: *Fuerzas especiales*; terrorismo de estado; fábula política; neoliberalismo; comunidad.

ABSTRACT

Fuerzas especiales (2013) is a written novel by Diamela Eltit. This book describes a set of violence that the neighbors experiment daily in the department-blocks, households destined for marginalized people, places that during the novel are cordoned-off by the police forces. This violence in the post-dictatorship Chile responded to a terrorist-state reengineering, which from the political fable of the internal enemy,

builds the criminal subject. Said subject, produced within the general framework of neoliberalism, would have the objective of inducing through the circulation of fear a certain form of community that guarantees neoliberal hegemony. His effects will be especially experienced by the characters of the novel, redirecting the relationship with others, producing communities without identity, memory, nor future, linked only by black-markets which are controlled by the police forces.

KEY WORDS: Fuerzas especiales; *State terrorism*; *political fable*; *neoliberalism*; *community*.

Recibido: 24 de agosto 2021.

Aceptado: 20 de abril 2022.

1. INTRODUCCIÓN

Diamela Eltit (1947), galardonada con el Premio Nacional de Literatura en el año 2018, es una escritora chilena cuya obra ha apostado permanentemente por explorar los efectos del poder sobre los cuerpos y los procesos de subjetivación como registro del curso histórico del capitalismo neoliberal. Fundadora junto a Raúl Zurita del grupo CADA (Colectivo de Acciones de Arte) en el año 1979, participó de un buen número de propuestas de intervención del espacio público que buscaban entre otras cosas, denunciar el terrorismo de estado de la dictadura cívico-militar chilena. Entre sus novelas se cuentan *Lumpérica* (1983), *Por la patria* (1986), *El cuarto mundo* (1988), *Vaca sagrada* (1991), *Los vigilantes* (1994), *Los trabajos de la muerte* (1998), *Mano de obra* (2002), *Impuesto a la carne* (2010), *Fuerzas especiales* (2013) y *Sumar* (2018).

Fuerzas especiales (2013) es una novela cuya historia da cuenta de la vida de una serie de personajes que habitan en bloques departamentales, viviendas de reducidas dimensiones destinadas para las familias de las capas populares. Dentro de ese espacio la narradora innominada, habitante también de esos bloques, describe la experiencia cotidiana del conjunto de personajes que frecuenta y con los que se relaciona, experiencia que está atravesada por la vigilancia policial permanente, los constantes allanamientos y la amenaza sobre el bienestar de la propia vida configurando así un gueto social enquistado en el territorio.

La lectura que la crítica académica ha hecho del texto durante los últimos años ha intentado proponer distintas matrices interpretativas que den cuenta del conjunto de violencias que la narradora enuncia, y que vertebran el tejido mismo del texto. De ella se han desprendido múltiples derivas que han reparado en el terrorismo de estado, en el neoliberalismo, en la violencia de género y las masculinidades, en los imaginarios urbanos, las subalternidades, en las tácticas de resistencia, e incluso en la constitución de sujetos cyborg, bosquejando una cartografía de lecturas que al tiempo que intenta describir la serie de violencias microfísicas que devienen del ejercicio del poder, se propone situar *Fuerzas especiales* dentro del proyecto general de la obra de

Eltit como un eco de esquirilas del pasado que se reelaboran en nuevos escenarios y nuevas dimensiones exploratorias.

Laura Scarabelli ha sido una de las autoras que ha investigado con especial atención la propuesta narrativa de Eltit, así como el texto en cuestión. Para Scarabelli en su artículo “*Fuerzas especiales* de Diamela Eltit: la épica de la vulnerabilidad” (2018) la novela correspondería a la “tercera parte de la producción de la autora” (165), volcada al “análisis de escenarios globales y sus efectos sobre sujetos ciudadanos”. En ese sentido *Fuerzas especiales* pondría “su mirada fuera de los confines nacionales, reflexionando sobre las fisuras del capitalismo y las patologías de la contemporaneidad” (165).

Andrea Jeftanovic y Mónica Barrientos, situándose desde otro ángulo interpretativo, han elaborado juntas una lectura exploratoria anclada en el concepto de “ciudad latinoamericana” donde la obra de Eltit daría cuenta, a diferencia de Scarabelli, de fenómenos histórica y geográficamente situados. En su artículo “Colonización y resistencia en *Fuerzas especiales* de Diamela Eltit: el cibercafé” (2020) explican cómo la ciudad latinoamericana en tanto sino del derrotero del avance del capitalismo ha sido un núcleo articulador de la obra de Eltit que “problematiza la ciudad vigilada, los sujetos marginales, las hablas populares y los sujetos enfermos” (31). En ese sentido la ciudad descrita en la novela para ambas sería un “supra sujeto”, “un vehículo actante de múltiples hablas que se hace reconocible en su intrincada red de espacios semánticamente cargados y verbalizados en el discurso de sus personajes” (33). De allí que en *Fuerzas especiales* el departamento, los bloques departamentales y el cibercafé sean espacios enunciados por la narradora en cuyo contenido se perciben las trazas de una crítica feroz a la violencia predatoria del neoliberalismo y del estado de policía que acordona el territorio, y en cuyos efectos la ciudad y la casa “se han hecho indiscernibles, sin muros, una sintaxis urbana que se inscribe con la crudeza militar, y donde el ciber es un escape tramposo” (36).

Ana María Cristi y Daniela Pinto Meza, por otra parte, movilizan cada una por separado la categoría sujeto para explicar determinados procesos de subjetivación en el Chile de post-dictadura como resultado de ciertas violencias. La primera en su artículo “La producción de subjetividades marginales en *Fuerzas especiales* de Diamela Eltit: la emergencia de un enfoque guattariano” (2019), donde moviliza el concepto de Capitalismo Mundial Integrado de Guattari para describir cómo este, en tanto categoría descriptiva del momento histórico, daría cuenta de ciertos procesos de capitalización de las subjetividades en cuyo caso la violencia sería un eje rector que instaura en el territorio “un espacio abierto a la incertidumbre, la desprotección, y el miedo” (125). En ese orden de cosas, tanto para Cristi como para Pinto la relación sujeto-bloque enunciada en la novela daría cuenta de una determinada forma de subjetividad signada por la marginalidad del territorio que homogeneizaría a los sujetos proyectando una “subjetividad de grupo” (Cristi 122), y que operaría según Pinto “proyectándolos

como parte del paisaje marginal” (Pinto 16), en cuyo caso la emergencia del sujeto femenino en tanto mujer-bloque funcionaría como una alegoría de época atravesada por las trazas de la violencia capitalista y patriarcal que en el territorio ocurren.

Por último Rubí Carreño bajo el objeto de trazar las derivas de la disputa patriarcal en el territorio, da cuenta en su artículo “¿A dónde vas soldado? Masculinidades, música, e industria de la guerra en *Fuerzas especiales* de Diamela Eltit” (2016) de cómo la música y el sonido es una dimensión de la vida en los bloques departamentales donde esas derivas se inscriben. Dicha disputa se expresaría por un lado como resultado del agenciamiento entre el terrorismo de estado y el narco que, militarizando el territorio, articula como música de fondo el sonido metálico de los fierros, el ir y venir de las balas, el repique de los bototos, las balizas, los gritos y el ruido de los huesos crujiendo bajo el golpe sordo de las lumas. Y por otro, el género y la emergencia de masculinidades otras que sitúan a los personajes en un plano de provocación donde los cuerpos se alzan sobre las patrullas, se desbordan y bailan.

A razón de este artículo interesa comentar cómo *Fuerzas especiales* por medio de la narración de un sujeto femenino, da cuenta de los efectos de un amplio espectro de violencias que opera sobre su familia y el conjunto de personajes que habitan en los bloques departamentales, produciendo una comunidad desafectada, vinculada solo mediante mercados subterráneos de supervivencia donde se comercian sexo, drogas y armas. Como tesis de lectura sostengo que la novela *Fuerzas especiales* describe una reingeniería del terrorismo de estado desplegado durante la dictadura cívico-militar, expresándose luego en el marco de un estado de derecho sobre otros enclaves pero con los mismos propósitos. La familia y la comunidad en ese sentido desempeñarían el papel de un dispositivo de observación, el marco sobre el cual pensar los efectos de esas violencias.

La importancia de abordar la violencia política de estado como un continuo consiste en repensar creativamente la relación entre el neoliberalismo y el territorio sitiado por las fuerzas policiales en el marco de la novela, relación que hasta ahora la crítica no ha sabido leer apropiadamente. De allí que sea importante pensar la marginalidad como un espacio producido por el orden neoliberal y administrado por el estado de policía —las policías, el régimen jurídico y carcelario— y que cumple una función específica dentro del conjunto del modelo.

Con el objeto de desarrollar esta tesis de lectura procederé a caracterizar, en primer lugar, al sujeto de análisis; posteriormente, describiré la rearticulación del terrorismo de estado que opera en la novela y, por último, analizaré los efectos de esta política en los personajes, las familias y la comunidad. Su desarrollo perseguirá dar cuenta de la razón gubernamental detrás de la violencia desplegada en el territorio, aunando el neoliberalismo, el terrorismo de estado y la violencia del narco en un mismo eje interpretativo, para luego describir determinados procesos de subjetivación devenidos del despliegue de esa violencia en los habitantes de los bloques descritos en el corpus.

2. CARACTERIZACIÓN DEL SUJETO FAMILIAR Y COMUNITARIO EN FUERZAS ESPECIALES

La familia en *Fuerzas especiales* desempeña una función importante a lo largo de la novela. La narradora innominada forma parte de una familia cuyos integrantes también son reconocidos solo en función de sus lazos de parentesco: madre, padre, hermana. El contenido de su enunciación pareciera dar cuenta de una trama familiar erosionada que se pregunta permanentemente por el sentido de aquello que les une: “Sé que somos una familia porque con una concentrada sincronía mido sus respiraciones siguiendo los latidos de mi corazón” (Eltit 35).

La comunidad que habita la familia de la narradora tiene ciertas particularidades. Es una comunidad precaria, desafectada de la protección del estado, y marginada de su participación en el mercado de trabajo y de consumo. Los trabajos de los que da cuenta la novela constan de la venta callejera de fritangas, la administración de un ciber, el comercio sexual, la venta de drogas y el presunto tráfico de armas. Los lazos que unen a los sujetos con los circuitos del capitalismo son tan precarios que la familia de la narradora pareciera estar agarrada al mundo, existir a duras penas gracias al escasísimo dinero que ella cobra por prostituirse.

Lejos de pensar la situación descrita como si se tratase de una comunidad excluida, importa abordarla como una comunidad producida, resultado de un conjunto de políticas históricas, y que desempeña una función dentro del marco general del capitalismo. En ese sentido, la comunidad dibujada en la novela estaría tensionada por un doble movimiento: de exclusión e inclusión.

Según Michel Foucault esta particular conformación social sería el resultado del abandono de las políticas de pleno empleo por parte de los estados neoliberales, que junto a las políticas de flexibilización laboral y subcontratación, producirían “un caudal de población liminar, infra o supraliminar, en el que los mecanismos de seguros permitirán a cada uno subsistir de determinada manera y hacerlo de tal modo que siempre pueda ser candidato a un empleo posible, si las condiciones de trabajo así lo exigen” (247). Esta población desempeñaría la función de constreñir el mercado de trabajo mediante una sobreoferta de mano de obra, permitiendo la reducción de los salarios y la precarización de los empleos. Sin embargo, el incipiente neoliberalismo a la francesa que observa Foucault en la década del setenta, y que permitiría a esta población supraliminar subsistir desde las ayudas del estado, no se condice con la realidad de varios países latinoamericanos, entre ellos Chile, donde la propia previsión social está en gran medida privatizada, debiéndose constituir en su lugar mercados subterráneos, circuitos ilegales alejados de la prístina limpidez de los escaparates.

De allí que en la novela la relación entre el Estado y estos sectores liminares sea compleja y se desarrolle en otros términos, distintos de la civilidad, más cercanos al deseo y la violencia. Las fuerzas policiales, representantes del estado que mantienen

sitiado el territorio, al mismo tiempo que arrasan los bloques departamentales allanando casas y repartiendo lumazos, contratan ocultos los servicios sexuales de sus habitantes. Desde una perspectiva psicoanalítica, para el estado esta población liminar sería un objeto de deseo pulsional, no reconocible públicamente, en tanto ese reconocimiento amenazaría su propia integridad. El quid de energía se expresaría en la violencia desatada con la que los agentes del estado proceden a partir los cráneos y las costillas de los personajes.

Sin embargo, pensar la violencia requiere de una cierta cuota de creatividad por parte de la teoría. En ese sentido, si bien las violencias en sus distintas expresiones tienen elementos en común, también obedecen a procesos conflictivos históricamente situados. La novela de Eltit ofrece la potencia de ser leída desde una triangulación entre el estado, el neoliberalismo, y la comunidad cuyos efectos se expresan en la descomposición del tejido social. Pero al mismo tiempo puede ser leída como un esfuerzo de pensar la violencia política de estado en Chile en democracia como un terrorismo de estado que se rediseña tras el fin de la dictadura. En ese sentido, interesa establecer desde ya que el régimen de la gubernamentalidad en la novela despliega políticas diferenciadas. Mientras las familias con una cierta estabilidad laboral y con un cierto poder de compra y consumo son fagocitadas por el mercado produciendo en ellas trayectorias vitales, en las familias de los sectores marginales el capitalismo hunde sus raíces mediante otras lógicas de producción dependientes de la intervención del terrorismo de estado.

3. LA FÁBULA DE LA POST-DICTADURA COMO REINGENIERÍA DEL TERRORISMO DE ESTADO

Tras el golpe de estado de 1973 y la dictadura cívico-militar, se movilizó a lo largo y ancho del territorio todo un aparato que buscó rediseñar Chile mediante la aplicación de lo que Naomi Klein denominó como doctrina del shock. El eje principal de esa política fue la violencia. El terrorismo de estado mediante un sin número de detenciones, allanamientos, torturas, fusilamientos y desapariciones armó un entramado pedagógico-espectacular que perseguía inducir la desafección del tejido social, desalojando las calles como el escenario de lo público para domiciliar a los sujetos y sus familias en sus respectivas casas. El relato legitimador de esa violencia fue la extirpación del cáncer marxista como enemigo interno, una fábula que construyó discursivamente mediante el agenciamiento de distintos dispositivos el mal a combatir.

La fábula como dispositivo sociopolítico sujeta a una razón de estado ha sido ampliamente abordada por Derrida en *La bestia y el soberano* (2010). Para Derrida la fábula sería “una ficción que supuestamente hace saber [...] en el doble sentido: 1) en el sentido de llevar un saber al conocimiento del otro [...] y 2) en el sentido de “hacer” saber, es decir, de dar la impresión de saber, hacer el efecto de saber, parecerse

al saber allí donde no lo hay necesariamente” (57-58). La fábula de Derrida es aquella que señala a la bestia —en especial el lobo— como sujeto a temer. El objetivo detrás de ese efecto consistiría en apuntar, en señalar una amenaza donde no la hay para despistar la mirada. La construcción de ese otro amenazante legitimaría el despliegue bélico estatal ocultando en la espesura su propio quid de violencia, así como el lobo oculta las orejas. Para lograrlo, la construcción de la fábula no se restringiría solo a palabras, obedeciendo más bien una conjunción de dispositivos legibles desde una dimensión semiótica que producirían una determinada performatividad:

Lo fabuloso de la fábula no se debe sólo a su naturaleza lingüística, al hecho de que la fábula esté constituida por palabras. Lo fabuloso implica también el acto, el gesto, la acción, aunque solo sea la operación que consiste en producir el relato, en organizar, en disponer el discurso para contar, para poner en escena unos seres vivos (58-59).

La novela de Eltit ausculta la cuestión de la fábula en el Chile de post-dictadura. Como parte de una reingeniería del terrorismo de estado en su paso transicional, la fábula del marxismo como enemigo interno abrió paso al señalamiento de otro sujeto a temer y a combatir: el lumpen y el delincuente. Dicha prostática discursiva vendría dada por un tratamiento intensivo y espectacular de los medios de comunicación de la criminalidad en tanto sujeto de una agenda, que Iván Pincheira reconoce desde los noventa en adelante como un sello de época que ha implicado un “recurrente territorio de intervención” (123) por parte de las políticas gubernamentales.

Los efectos de esta fábula política son rastreables a lo largo de la novela en múltiples dimensiones. La primera de ellas, quizá la más evidente, vendría dada por el acordonamiento del territorio por parte de pacos (carabineros) y tiras (detectives). Una segunda dimensión en cambio operaría en la dinámica misma de los procesos de subjetivación, donde las propias identidades individuales, familiares y comunitarias se verían constreñidas, producto del señalamiento que la propia fábula produce sobre los sujetos. Dicho señalamiento funcionaría no solo como una tachadura, sino que produciría la superficie misma de sus cuerpos, poniéndolos en circulación dentro de una trama narrativa que exige de manera incesante nuevos rostros, nuevos nombres a señalar y temer. En ese sentido la recreación permanente de la fábula en el tiempo exigiría a su vez la producción permanente de sujetos delincuentes, mercancías humanas atosigadas por la novedad del consumo mediático que constituyen, por medio de su propia puesta en circulación, líneas subterráneas de la producción y el capital.

El capítulo “Los niños”, uno de los primeros en aparecer a lo largo de la lectura, genera una aproximación excepcional a este fenómeno. Avisada por el Omar y el Lucho la narradora corre a su departamento para encender la tele y ver en ella los rostros de sus dos sobrinos, aquellos que les quitaron, y cuya ausencia mantiene a su hermana y a su madre en un duelo perpetuo. El vistazo provoca en ella un primer deslumbramiento:

“pensé que por fin algo extraordinario nos había ocurrido. Un hecho público que ya no me obligaba a preguntarme por la veracidad de mi existencia” (18), deslumbramiento que luego se difumina iluminado por una esquirla de sentido:

Pensé en los niños, en la súbita radicalidad que adquiriría la familia, en los matices irreales de la noticia, en la abierta desaprobación que generaba mi hermana [...] Pensé, sentada en el borde de la silla, con los ojos enrojecidos por el impacto, que un rayo electrónico nos había partido porque las imágenes de los niños circulando como antiguos productos sacrificiales en una cinta infinita, portaban un nuevo futuro (19).

El doble movimiento de exclusión e inclusión que relega a los sujetos al silencio de lo subalterno y al anonimato irrumpe de pronto poniendo sus rostros y sus nombres frente a las cámaras. La intuición de la narradora consiste en entrever luego en aquel suceso un acto predatorio sujeto a una lógica de producción. Sayak Valencia tras el cometido de reelaborar las formas de pensar la violencia denominó a esta forma particular de producción como “capitalismo gore”. Para Valencia este consistiría en una lógica de producción propia del neoliberalismo producida y reproducida a escala global en donde los espacios fronterizos, sobre todo aquellos que involucran al tercer mundo, servirían como enclaves donde las mercancías estarían “literalmente encarnadas por el cuerpo y la vida humana a través de técnicas predatorias de violencia extrema” (15).

Para el caso de la novela importa este concepto en la medida que damos cuenta de cómo la violencia que opera sobre los cuerpos está mediada por una lógica neoliberal de producción de mercancías para el consumo mediático instalado por las agendas de prensa delictuales. Al respecto, tras el despliegue de un nuevo operativo policial en la población, uno de los tantos que viven día a día los personajes, y que parecieran estar sujetos a una cierta lógica de pastoreo, la narradora señala:

Ya sabemos que se trata de un operativo blando, entendemos que, esta vez, los bloques van a conservar un número importante de vecinos. Que se quedarán los vecinos en sus departamentos porque ya no saben dónde meterlos, qué hacer con ellos, dónde o cómo alimentarlos, cómo vestirlos y a cuál cárcel derivarlos. Tuvimos que reconocer, el Lucho, el Omar y yo, que existe un plan curioso de repoblamiento de los bloques, una forma ilegal de ocupación en los espacios donde ya no queda nadie, un programa que estimulan los pacos y los tiras. ¿Por qué? No lo sabemos. Pero creemos que pretenden infectarnos o infiltrarnos de asombro e inseguridad (Eltit 67).

Lo que intuyen los personajes es aquello que está detrás de la aprehensión delictual; la propia producción del delito y el delincuente. En ese sentido, parte del cálculo consistiría en equilibrar lo extraído con la capacidad de producción de los

bloques, y de la administración en las cárceles. La razón económica operaría sobre la base de un ecosistema donde los bloques, en tanto fábricas de pobreza y delincuencia, son cuidados por momentos como si fuesen territorios en veda.

Para Karl Marx el fetichismo de la mercancía es un fenómeno propio del capitalismo que invisibilizaba las condiciones de producción. La espectacularización de los sujetos a través de las pantallas transformaría sus rostros y sus nombres en un fetiche que emborronaría la serie de mecanismos perversos que forman parte del capitalismo y que producen la criminalidad con la finalidad de constreñir y descomponer las relaciones comunitarias en su conjunto. En ese sentido, la potencia de la fábula radicaría en despistar la vista, en impedir que los sujetos vean las dinámicas perversas que subyacen a las violencias que viven a diario. De allí que ninguno de los personajes sea completamente consciente de lo que está en juego. Ni los pacos que son forzados a producir en los términos del neoliberalismo mediante bonos por rendimiento, y que los lleva a mantener una relación ambivalente de excreción y deseo con los sujetos-mercancías. Ni los propios habitantes de los bloques, como la hermana de la narradora que “ya no conseguía entender la mayor parte de los sucesos ni las causas de nuestras miserias” (113), o como los niños que a propósito de los operativos policiales desplegados en el territorio contra las vecinas y los vecinos “festejan los golpes con sus desafinadas carcajadas y afirman que quieren ser policías” (39).

4. LOS EFECTOS DEL TERRORISMO DE ESTADO EN LA COMUNIDAD SITIADA

La reformulación del terrorismo de estado ocurre sobre la base de la reformulación de la fábula del enemigo interno. La construcción de esa fábula política tiene efectos sobre las subjetividades de la comunidad en general, pero por sobre todo en las subjetividades de esos sujetos liminares que son señalados como el enemigo, y que corresponden a los personajes de la novela. Algunos de esos efectos tienen que ver con la incapacidad de ver la mecánica de los dispositivos político-económicos que producen, desde una razón de estado, la violencia que viven a diario esos personajes. Otras tienen que ver, siguiendo la tesis propuesta, con la erosión de los lazos familiares y comunitarios, en tanto, estos dispositivos actúan sobre los afectos que median la relación entre los sujetos. El repliegue de los sujetos de esos lazos dejaría cancha abierta para la producción de esos mercados subterráneos que propician a su vez la espectacularización de la delincuencia. En ese sentido, la disputa por la orientación de los lazos familiares y comunitarios tendría como telón de fondo la disputa de un cierto ordenamiento social.

Las distintas familias que aparecen en *Fuerzas especiales*, partiendo por la de la propia narradora, están rotas. Así lo enuncia ella de entrada cuando señala que al principio no eran cuatro sino ocho, faltando luego los hijos de su hermana: “me pide

que sea yo la que consiga horadar la pesadumbre metálica que le provoca la ausencia de sus niños” (Eltit 11), y sus propios hermanos, los hijos de su padre: “me suplica que le indique cómo esquivar la compasión que experimentamos ante la humillación de que mi padre ya no tenga a sus hijos hombres [...] los que vivían con nosotros, nuestros hermanos verídicos” (11). De ahí en más la narradora va describiendo las distintas ausencias, las amputaciones o afantasmamientos que sufren las familias del resto de los personajes, la del cojo Pancho al que se le fue la Marisa con la guagua, la de la guatona Pepa que ya no tiene familia, o la del Omar que están todos en la cárcel, y disponen de él y le exigen cosas: “dice que no volverá a anotar sus encargos ni oír sus quejas ante las cantidades de comida que les lleva, dice que no escuchará con asombro y terror que le exigen más” (107).

Si pensamos la calle en tanto espacio de lo público como un objetivo de desalojo por parte del terrorismo de estado, el repliegue hacia la casa como espacio de lo privado sería el efecto inmediato de ese desalojo: “nos hacían escondernos en nuestros departamentos, nos obligaban a meternos debajo de la mesa cuando oíamos los culatazos” (Eltit 68). Mediante ese movimiento, la política de descomposición se moviliza también hacia la casa instalándose al interior de los lazos familiares. En ese sentido, los agujeros de las paredes si bien remiten a las balas: “la policía ya ha hecho hoyos en los ladrillos granulados. Los hizo en el tercer piso, los hizo en el primero y seguramente cuando vuelvan a entrar a nuestro departamento nos terminarán de arruinar la pared que queda” (114), simbolizan a su vez la erosión de aquello que divide lo público de lo privado, la amenaza de la seguridad, colando por entre sus agujeros la inminencia del poder soberano.

Las causas del repliegue de los sujetos del espacio público obedecerían a la puesta en circulación del miedo a propósito de la violencia propiciada por el estado de sitio. El miedo, al igual que otros afectos, ha sido ampliamente abordado durante las últimas décadas por autores como Sara Ahmed en lo que ha tendido a llamarse como giro afectivo. Para Ahmed las emociones están en el centro de la disputa política, en la medida que estas producen determinadas formas de subjetividad y determinadas formas de relación al interior de una comunidad, arrogándoles una cualidad de modelado: “necesitamos considerar la manera en que operan las emociones para “hacer” y “moldear” los cuerpos como formas de acción, que incluyen también las orientaciones hacia los demás” (24). El miedo, en ese sentido, sería el resultado de una construcción político-cultural que propicia al mismo tiempo al sujeto de amenaza como la acción de repliegue. La importancia dada al estudio del miedo por parte de estos autores responde a una suerte de identificación del miedo mismo como afecto articulador, desde Hobbes en adelante, del conjunto de políticas que constituyen la prostática estatal y el monopolio del uso de la fuerza.

El trasunto de ese miedo, es decir, la operación que lo produce, corresponde a lo que Giorgio Agamben refirió en *Homo Sacer* (2008) como “vida desnuda”. Dicho

concepto señalaría “una esfera-límite del hacer humano que sólo se mantiene en una relación de excepción” (131). Dicha esfera plantearía un umbral, una línea demarcatoria en cuyo más allá los sujetos podrían ser asesinados, exterminados por el poder soberano sin atenerse a un régimen jurídico. Agamben acuña dicho concepto para pensar la condición de posibilidad de la violencia extrema de los campos de exterminio del régimen nazi latente en la constitución del poder soberano. Sin embargo, de ahí en más es posible extrapolar la “vida desnuda” a otros regímenes de excepción como la última dictadura chilena donde los militantes de izquierda fueron cazados y exterminados bajo la tachadura del cáncer marxista, o al estado de sitio descrito por la propia novela donde los sujetos populares que habitan las periferias, al ser tachados de lumpen y delincuentes son muchas veces acribillados a balazos en ese umbral jurídico que transforma al policía en juez y verdugo. En todos los casos, el miedo propiciado por la tachadura ha llevado a los sujetos a ocultarse en áticos y subterráneos, en condiciones infrahumanas de subsistencia con tal de sobrevivir.

Otro efecto de la violencia política de estado que opera a la base de la “vida desnuda” y que sucede al interior de las tramas familiares consiste en la serie de amputaciones, y las estelas fantasmas que dichas amputaciones producen a razón de aquellos otros miembros que han sido capturados y/o asesinados por las fuerzas policiales, induciendo estados de duelo no resolubles en el tiempo.

El duelo, en los términos desarrollados en el marco de la novela, emerge como un estado psíquico invalidante. Desde que el texto arranca, la narradora anuncia el vacío dejado por los hijos de su hermana y los hijos de su padre, cuestión que lleva a su familia a domiciliarse en la casa en un duelo perpetuo que no puede ser resuelto. Producto de ese afantasmamiento, según lo que la propia narradora da cuenta, la propia subjetividad familiar se ve tensada: “sentada junto al cojo para no volver a ver a mi madre en un estado verdaderamente crepuscular porque la familia está prófuga o los hiere la policía o los matan o gimen en la cárcel” (Eltit 26), e incluso amenazada: “Quedamos cuatro: mi papá, mi hermana y yo. Los cuento y los vuelvo a contar para estar segura de que siguen ahí, para convencerme de que esos cuerpos son de ellos y que yo también permanezco intacta” (35).

Según Freud, en *Duelo y melancolía* (1917), “el duelo es, por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc. (3). Dicho estado, al igual que la melancolía, estaría caracterizado “por una desazón profundamente dolida, (...) la pérdida cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad” (3). En ese sentido, si bien los personajes referidos en la novela no están muertos, han sido capturados por el estado de policía. Su desaparición provoca un estado de duelo patológico, más cercano a la melancolía, en la medida que la tachadura que pesa sobre ellos impide que el resto de sus familiares puedan llorarlos y/o reclamarlos públicamente.

Para María Elena Elmiger, quien ha estudiado con cierta atención el concepto de “duelo” en Freud, resulta interesante pensar la dimensión política que subyace a este. Según la autora en su artículo “La subjetivación del duelo en Freud y Lacan” (2010) el siglo XX habría modificado los procesos de subjetivación empobreciendo el repertorio simbólico de los propios sujetos para llevar adelante sus procesos de duelo. Este empobrecimiento vendría dado por el impacto de la violencia extrema sobre los sujetos y sus relaciones sociales, impidiendo la construcción de tramas de sentido que permitan llevar adelante los procesos de duelo. De allí que para la autora resulte importante concebir los recursos simbólicos del duelo como un escenario en disputa, que en algunos casos —como el de Las madres de la plaza de mayo— movilizó la acción política y la toma del espacio público.

La tachadura propiciada por la fábula del delincuente como enemigo interno impediría de este modo la politización de la prisión y la consiguiente transformación del duelo (como pérdida del objeto amado en un sentido amplio) en un hecho público y político. Eltit incorpora los efectos de esta tachadura en el capítulo *Los nombres prohibidos*, donde la narradora se refiere a sus hermanos como aquellos que no deben ser nombrados: “No los debemos nombrar porque atraen sobre nosotros un alud de desgracias. Cada vez que mi mamá se desvela o le duelen los dientes o se retuerce de angustia, me dice: Pedro o Leandro” (23).

Antígona de Sófocles planteó en los albores de la literatura occidental el problema de la tachadura y de la negación del duelo como hecho público. Tras la muerte de los dos hermanos de Antígona, Polinices es declarado por el rey Creonte enemigo de Tebas, por lo que a diferencia de Eteocles (el otro hermano) que es sepultado con honores, su cuerpo es condenado a yacer sobre la tierra. El argumento de la obra revela, en lo que a nosotros respecta, que la tachadura es el resultado de una operación del poder y que aquello tachado deviene en algo menos que vida, y que por ende no es llorada. Para Judith Butler el hecho de que haya vidas lloradas y no lloradas se debe a que “una vida concreta no puede aprehenderse como dañada o perdida si antes no es aprehendida como viva” (13). De allí que utilice el concepto de marco, en tanto horizonte epistemológico que determina la posibilidad misma de llorar o no la pérdida de una determinada vida, como categoría explicativa. Para Butler, dichos marcos, “mediante los cuales aprehendemos, o no conseguimos aprehender, las vidas de los demás como perdidas o dañadas (susceptibles de perderse o de dañarse) están políticamente saturados. Son ambas, de por sí, operaciones del poder” (13-14).

El efecto de esa tachadura produce en los sujetos dolientes un repliegue hacia el domicilio como ocultamiento del dolor, un sumergirse en la sombra de la morada, un “afantasmarse”, volverse un alma sufriente:

Me pregunto con una frecuencia molesta cómo vive su notable disgregación.
Y pienso también en sus hijos hombres, los hermanos que tenía y en cuánto

lo alejaron de sí mismo después que todo ya se consumió. Pero sé que es mi padre y sé también que somos lo último que tiene, más allá del desprecio y los sentimientos de conmiseración por él mismo que lo pudieran invadir. Sé que no duerme en las noches, sé que está completamente tenso, sé que pende de un hilo [...] Sé que pronto va a morir (Eltit 116).

El fantasma desde una dimensión psicoanalítica refiere a la exteriorización de un quid de energía dentro del proceso de subjetivación que expresa lo irrepresentable. El “afantasmamiento” por otra parte, es decir, el acto de volverse uno mismo un fantasma, vendría dado por la incapacidad de representar o darle sentido a la pérdida. En el marco de pensar el fenómeno del duelo, Didi-Huberman se refiere al fantasma en los términos de un “cuerpo sumergido en una sombra” (281). Para él, el fantasma sería un efecto provocado sobre los sujetos a propósito de un estado de violencia extrema que aniquila a aquellos otros depositarios de afecto. Quien se encuentra en este estado termina “como sumergido en la sombra, es decir: sumergido por los fantasmas” (282). De allí que en el marco de su comentario a la obra “La piedad”, escultura que escenifica a una madre que carga a su hijo muerto, el gesto fantasma operaría petrificando al sujeto mediante un duelo en suspenso: “el cuerpo de la madre se convierte, en el lamento por su hijo muerto, en una verdadera sepultura sensorial” (284).

En el marco de la novela la relación entre la familia y sus familiares desaparecidos es clave. El primer capítulo arranca narrando la existencia del vacío que dejaron esos cuatro integrantes ausentes, haciendo de la novela el derrotero de un duelo imposible. Si consideramos a la novela como una reactualización del problema de la violencia, como una reingeniería de la violencia dictatorial en tiempos de estado de derecho, en suma, de la violencia como un continuo histórico, la figura del desaparecido pareciera transitar del militante de izquierda a los sujetos tachados como delincuentes. Esto en la práctica impediría que las familias transformasen su desaparición en una reivindicación política. En consecuencia, dichas familias se verían sumergidas en un duelo patológico, en un estado permanente de melancolía, que les impide pensar en otra cosa que no sea el objeto de amor perdido, y por ende participar de la vida en común.

La política de repliegue de los sujetos en sus casas produce en consecuencia una vida en común precaria, sostenida sobre la base de mercados negros, de sobrevivencia o subterráneos. La narradora es el único integrante de su familia que sale de casa, trabaja, consume fuera, y ahorra. La relación que establece con ella el resto de los integrantes de su familia es de absoluta dependencia: “y tú, qué andái haciendo en la calle, que no te dai cuenta que tenemos hambre. Había doscientas treinta bombas W71. O no te dai cuenta que te estamos esperando pa que hagái la comida” (Eltit 27). Lo que ella aporta consta de lo que gana por prostituirse en el ciber (mil pesos por cliente cuyo deducible son los trescientos pesos que debe pagar al Lucho por el uso del cubículo). El resto lo ahorra para recibir a sus sobrinos con una fiesta y regalos cuando

regresen (si es que regresan), y lo que queda lo gasta en el consumo de fritangas en el puesto del cojo Pancho.

El mercado del que la narradora participa es controlado por las fuerzas policiales. Dicho control persigue inducir la constitución del mercado mismo, de modo tal que la violencia y el miedo circulen y la comunidad permanezca desafectada. Dicho ordenamiento es requisito para la producción de la delincuencia como mercancía encarnada para el consumo mediático. La experiencia descrita por la narradora da cuenta de cómo su participación en dicho mercado está permanentemente atravesada por el control policial y la vigilancia.

Me quedan minutos de lulo y después que me pague voy a guardar los mil pesos en mi bolsillo. El bolsillo con el que camino de un lado para otro aterrada ante la posibilidad de que un tira o un paco me robe los billetes que he ido ahorrado, que tenga que entregarle los billetes y las monedas a la policía para cumplir con las coimas que nos acechan a cada instante en las calles del bloque y que me quede sin un peso y no pueda recibir a los niños (102).

La vigilancia a la que son sometidos los personajes que participan de este mercado subterráneo busca ejercer control a su vez sobre las mercancías que circulan, ya sea desde el cobro de coimas o la presunta internación de armas. Dicho fenómeno no es afirmado explícitamente por la narradora sino señalado mediante la instalación de una serie de enunciados que irrumpen en la sintaxis de los párrafos a lo largo del texto, y que mediante la fórmula “había”, emborrona las marcas de los sujetos al tiempo que refiere a una marca textual periodística que espectacularizó la incautación de armas en dictadura como resultado de operaciones de montaje inculpatorios que se han repetido en democracia. La prostática mediática permite fundir la puesta en circulación de dicha incautación en los medios, al tiempo que produce la propia criminalidad y al sujeto criminal en el territorio donde estas armas circulan.

Otra dimensión importante donde opera la vigilancia policial es al interior de los procesos mismos de subjetivación de los sujetos que participan de esos mercados, en cuyo caso uno de los principales mecanismos enunciados por la narradora consiste en el despliegue de una política de la mirada. La política de la mirada refiere al auge de la dimensión óptica de la cultura con la proliferación de las mercancías en vitrinas y escaparates, de la mano del auge de las grandes ciudades, la conformación del capitalismo en la era moderna y el nacimiento de las grandes masas de gentes. Dicha política operaría en un primer término desde una coaptación del ejercicio del mirar que direccionaría la atención sobre las mercancías, emborronando sus condiciones de producción en lo que Marx llamó en *El capital* como “fetichismo de la mercancía”. Lo que revela en última instancia esta política es la propia disputa del acto de mirar toda vez que dicho mirar implica dejar de ver o perder de vista otra cosa.

Para la narradora, su experiencia vital en el circuito de producción y consumo del que participa está saturada por la exposición a las pantallas de los celulares y las computadoras, aquellas vitrinas virtuales que exponen las imágenes de mercancías a las que no tienen acceso y que se encuentran en otra parte. “Nunca digo: sácame el lulo ni digo: sácame los dedos. No lo hago porque me concentro en el sitio ruso de modas alternativas que me absorbe tanto que mis ojos se pasean por mi cerebro clasificando las prendas de manera hipnótica” (Eltit 12). Los efectos de esa política producen una desafección de los sujetos de las comunidades a las que pertenecen: “Cómo compadecerla o cómo ayudarla, pienso, pero me distraigo en uno de mis sitios preferidos que da inicio a la nueva temporada de zapatos manufacturados” (29), o incluso una desafección de sí mismos, impidiéndoles develar el circuito de violencia en el que viven.

Sobre esto último, en el capítulo “No vale la pena vivir sin las antenas” la narradora describe una vez más su experiencia trabajando en el ciber en esa prostática que une al mismo tiempo el trabajo sexual con el consumo de imágenes en tanto sujeto reducido a una máquina de orificios, los de las cuencas de los ojos, y los otros, los de la vagina y el ano por donde entra “el lulo”. Dicha prostática que da cuenta de uno de los máximos fetiches del capitalismo —reducir los tiempos y maximizar los resultados induciendo que todo ocurra al mismo tiempo— apareja su hacinamiento con el de otros animales, que nacen, comen y mueren en un mismo espacio mientras la industria capitalista les extrae valor. En ese sentido, el mandato religioso del dios judeo-cristiano de mirar en frente y no mirar atrás, pareciera poner una cuña dentro del propio proceso de subjetivación que impide que la narradora observe al perpetrador de la violencia que experimenta y padece:

Cuando detecto ese movimiento, sé que estoy sentada encima del lulo de un tira, sé que no me va a pagar, sé que si reclamo o si lo miro duramente podría sacar su pistola y matarme, sé que me pegaría un puñete en la boca, sé que me tiraría del pelo, sé que me daría una patada en el estómago, sé que trataría de sacarme un ojo, sé que he perdido media hora de trabajo y trescientos pesos (126).

De ahí en más que la escena resulte ilustrativa de esa suerte de política fabulosa que desvía la mirada estando incluso la violencia en frente o atrás, o siendo empalado por ella.

5. CONCLUSIONES

La novela *Fuerzas especiales* de la escritora chilena Diamela Eltit da cuenta, mediante la narración de un sujeto femenino innominado, la serie de violencias que experimentan los personajes diariamente en los bloques departamentales donde viven, y que constituye el espacio narrativo donde la propia narración ocurre. A partir de lo postulado en el presente artículo, es posible concluir que dichas violencias operan en

la novela como una reingeniería del terrorismo de estado desplegado en dictadura a partir de una rearticulación de la fábula del enemigo interno como el mal a combatir. Dicho enemigo, señalado en dictadura en la figura del militante de izquierda como el cáncer marxista, transitó a la figura del sujeto marginal bajo el rótulo del lumpen y el delincuente. La fábula operaría haciendo confluir la razón neoliberal con el estado de policía en el territorio, de modo tal que sean los propios sujetos las mercancías encarnadas a producir para el consumo mediático.

Los efectos inmediatos de esa política operarían desalojando el espacio público sobre la base de la puesta en circulación del miedo, en cuyo caso los sujetos se replegarían en sus casas. El trasunto de ese movimiento obedecería a lo que Giorgio Agamben conceptualizó como “vida desnuda”, concepto que se referiría a aquellas vidas que dentro de un estado de excepción pueden ser aniquiladas por parte del poder soberano fuera de todo umbral jurídico. El miedo a la violencia extrema enquistaría a los sujetos en sus casas, como los integrantes de la familia de la narradora, pero al mismo tiempo inducirían estados de duelo abiertos como resultado de la desaparición de familiares capturados y/o asesinados por el estado de policía, que a la larga impedirían la participación de los sujetos de la vida en común. Como contrapartida a ese repliegue, el espacio público quedaría desalojado para articular mercados negros, subterráneos o de sobrevivencia del que los habitantes de esos bloques como la propia narradora participarían y que serían controlados por el estado de policía. Dicho control tendría por objeto propiciar la producción misma de la delincuencia como mercancías encarnadas, al tiempo que vigilan y controlan los procesos mismos de subjetivación para horadar toda posibilidad de resistencia y disputa de lo común.

Como perspectivas de futuras investigaciones, queda abierto atender las tácticas de resistencia que desarrollan los personajes de la novela en la línea del filósofo francés Michel De Certeau, en cuyo caso es posible postular que el consumo no es un ejercicio pasivo, sino una actividad que produce la cultura popular desde la cual es posible leer ciertas líneas de fuga como la producción de un videojuego que desarrollan la narradora, el Lucho y el Omar al final de la novela.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio. *El poder soberano y la vida desnuda: Homo sacer I*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2020.
- Ahmed, Sara. *La política cultural de las emociones*. México: Programa universitario de estudios de género, 2015.
- Butler, Judith. *Marcos de guerra, las vidas lloradas*. México: Editorial Paidó, 2010.
- Carreño, Rubí. “¿A dónde vas soldado? Masculinidades, música e industria de la guerra en Fuerzas especiales de Diamela Eltit”. *Literatura y Lingüística*, n° 35 (2017): 11-30.

- Cristi, Ana. “La producción de subjetividades marginales en Fuerzas especiales de Diamela Eltit: la emergencia de un enfoque guattariano”. *Catedral Tomada: Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Vol. 7, n° 12 (2019): 111-133.
- Derrida, Jacques. *La bestia y el soberano: volumen I: 2001-2002*. Buenos Aires: Manantial, 2010.
- Didi-Huberman, Georges. “El gesto fantasma”. *Revista de Pensamiento Artístico Contemporáneo*, n° 4 (2008): 280-291.
- Elmiger, María Elena. “La subjetivación del duelo en Freud y Lacan”. *Revista Mal-estar e Subjetividade*. Vol. 10 (2010): 13-33.
- Eltit, Diamela. *Fuerzas especiales*. Santiago: Grupo Editorial Planeta, 2017.
- Foucault, Michel. *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Freud, Sigmund. *Duelo y melancolía, Obras Completas, Tomo XVI*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1917.
- Jestanovic, Andrea y Mónica Barrientos. “Colonización y resistencia en Fuerzas especiales de Diamela Eltit: El cibercafé”. *Revista Hispamérica*, n° 145 (2020): 31-37.
- Pincheira Torres, Iván. “Delincuencia, terrorismo, desastres naturales y epidemias: el gobierno del miedo en Chile Postdictadura”. *Rastros y gestos de las emociones, desbordes disciplinarios*, editado por Macarena Cordero Fernández, Pedro. E. Moscoso-Flores y Antonia Viu. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2018: 119-139.
- Pinto, Daniela. “Mujer-bloque como alegoría identitaria del sujeto femenino en Fuerzas especiales de Diamela Eltit”. *Isla Flotante*, n° 8 (2018).
- Scarabelli, Laura. “Fuerzas especiales de Diamela Eltit: La épica de la vulnerabilidad”. *Anales de Literatura Chilena*, n° 29 (2018): 163-178.
- Valencia, Sayak. *Capitalismo gore*. Madrid: Editorial Melusina, 2010.